

THE MAGAZINE  
OF THE CATHOLIC  
DIOCESE OF  
KNOXVILLE

# The East Tennessee Catholic Magazine

www.dioknox.org  
January 2021

## ON wings AND prayers

Hope Kitchen  
offers spiritual  
nourishment as it  
feeds and clothes  
the homeless in  
Knoxville and  
perhaps beyond

LA COSECHA/PG. 8  
Consejos para afrontar la pandemia  
en este nuevo año

PARENTING/PG. 9  
Tips for helping children  
ask for forgiveness

FEATURE STORY/PG. 21  
Art imitates life — Knoxville Catholic High School graduates  
partner on autobiographical book for children



# VIDA LITÚRGICA

**“Nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto, Señor, hasta que descanse en ti” – SAN AGUSTÍN**

**“Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?” –MATEO 16:15**

**L**a pregunta que Jesús hace a sus discípulos es la pregunta más importante de nuestra vida que debemos responder de nuevo cada día. Aunque conocemos la respuesta de San Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo”, todavía es una confesión de fe que debemos hacer íntimamente nuestra. Porque en la medida en que buscamos conocer a Cristo y deseamos que Él reine en nuestro corazón, es el grado en que podemos responder la pregunta principal: “¿Quién soy yo y qué debo hacer?” Y en ninguna parte aprendemos nuestra verdadera identidad en Cristo y llegamos a ser más y más plenamente quienes estamos llamados a ser que a través de la liturgia de la Iglesia.



**OBISPO  
RICHARD  
F. STIKA**

tercer obispo  
de Knoxville,  
Tenn.

Vivimos en una época de crisis terrible, mucho peor que la pandemia que estamos viviendo. Es una crisis de identidad. Tantas personas no saben quiénes son y buscan desesperadamente descubrir una identidad y un propósito que les dé sentido a su vida. Si las personas no saben quiénes son, tampoco sabrán cómo actuar, porque el propósito está inseparablemente ligado a la identidad. Es por esto por lo que la Iglesia enfatiza que “es Cristo Jesús quien nos revela plenamente quiénes somos y deja claro nuestro llamado supremo”.

Nuestro primer nombre, en verdad, es “cristiano” o “cristiana” porque es nuestra identidad bautismal central.

Solo viviendo esta identidad central podemos dar una expresión verdadera a todas las demás identidades que reflejan nuestro estado en la vida: como esposo o esposa, padre o madre, hijo o hija, médico o mecánico, maestro o estudiante, y muchos más que expresan nuestra dignidad y talentos.

La íntima relación entre la liturgia y nuestra identidad y vidas se expresa en un dictamen de la Iglesia: *Lex orandi, lex credendi, lex vivendi*. Traducido de manera aproximada, significa que la ley (*lex*) o forma de rezar (*orandi*) es la forma de creer (*credendi*) y la forma de vivir (*vivendi*). En otras palabras, nuestro culto y oración informan y nutren nuestra fe, y juntos forman nuestra identidad, y nos guían y llenan de propósito, esperanza y caridad para vivir nuestras vidas con alegría. Ésta es la esencia de la vida litúrgica.

Sin embargo, ¿qué es lo que nos impide conocer nuestra verdadera identidad y vivir nuestra vida con dignidad? En una sola palabra, es el “pecado”. Sin embargo, es prácticamente tabú hablar de esta palabra públicamente hoy. Aunque podemos ignorar el pecado e incluso negar que realmente existe, nadie es inmune a sus efectos alienantes y mortales. Pero Cristo asumió la humildad de nuestra carne humana y nos levantó en Él para darnos vida nueva.

La liturgia es “la obra de Dios”, la obra de nuestra salvación en la que estamos llamados a participar. En su sentido más amplio, incluye no solo el santo sacrificio de la Misa, sino también los demás sacramentos a través de los cuales Jesús nos comunica su gracia para nuestra santificación. También incluye la Liturgia de las Horas, que es “la voz de la amada esposa de Cristo”, así como “la oración de Cristo y Su Cuerpo Místico al Padre, nuestras propias voces resonando en Cristo, Su voz resonando en las nuestras”. La Misa, sin embargo, es la celebración suprema de la liturgia porque es el único y mismo

sacrificio de la cruz que se hace presente en nuestros altares.

Cada Misa comienza con la señal de la cruz, el precio de nuestra salvación y marca indeleble de nuestra identidad, que nos conduce al Acto Penitencial y a nuestra humilde expresión de dolor por nuestra pecaminosidad. Si realmente queremos identificarnos con Cristo, debemos reconocer todo lo que nos separa de Dios y el uno del otro. Porque todo pecado, por personal que sea, es también un pecado social, porque lo que nos daña personalmente también daña el Cuerpo de Cristo del que todos somos miembros. Por eso decimos: “Yo confieso ante Dios Todopoderoso y ante ustedes hermanos, que he pecado mucho ...”

Si tenemos pecado mortal que no hemos confesado, debemos recurrir al sacramento de la reconciliación antes de acercarnos a recibir la Sagrada Comunión. De lo contrario, como nos advierte San Pablo, “el que come el pan o bebe la copa del Señor indignamente peca contra el cuerpo y la sangre del Señor” porque es “comer y beber su propia condenación”. El confesionario es donde nuestra identidad y vida en Cristo se renueva y restaura.

El “Yo confieso ...” del Acto Penitencial debe encender nuestro corazón con el deseo de alabar y agradecer al Dios de misericordia y amor, de dar “Gloria a Dios en las alturas”. Instruidos y fortalecidos en la Liturgia de la Palabra dentro de la Misa, se nos invita a hacer nuestro acto de fe: “Creo en un solo Dios ...” Los artículos del Credo que profesamos deben envalentonar nuestra fe y alimentar nuestro deseo de ejercer la triple dignidad de nuestra identidad bautismal en la misión de Cristo como sacerdote, profeta y rey.

En la Liturgia de la Palabra, participamos de la misión profética de Cristo al acoger el Evangelio y plasmarlo en la Misa que vivimos a lo largo de nuestra semana. Lo que Zacarías dijo de Juan el Bautista después de su nacimiento es también nuestro encargo: “Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor para preparar su camino...” (Lucas 1:76). Hacemos esto siendo la voz, el rostro y el corazón de Jesús.

En la Liturgia de la Eucaristía, ejercemos nuestra participación en el sacerdocio de Cristo en la ofrenda que llevamos de nosotros mismos al altar donde Jesús lo une a Su sacrificio de la cruz, un sacrificio de adoración, acción de gracias, expiación y petición al Padre. Una hermosa oración de respuesta en la Liturgia de las Horas nos recuerda la importancia de nuestra ofrenda:

**Cristo murió por nuestros pecados para hacer de nosotros una ofrenda a Dios. Murió a este mundo de pecado y resucitó en el poder del Espíritu para hacer de nosotros una ofrenda a Dios.**

Debido a que la identidad y el propósito están íntimamente conectados, debemos asistir a Misa con la intención no solo de recibir la Sagrada Comunión, sino, ante todo, de participar en el sacrificio de Cristo. Porque la Misa es un sacrificio que primero debe ofrecerse antes de que sea un sacramento que recibimos. Y a medida que nos acercamos para recibir a Nuestro Señor, Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad, en la Eucaristía, consideremos el consejo de San Agustín, quien nos insta: “Conviértete en lo que recibes y recibe lo que eres”.

Si vamos a “Ir en paz, glorificando al Señor con [nuestra] vida”, debemos ejercer nuestra participación en la realeza de Cristo y ser los portadores de Su paz en el mundo. Pero si el reino de Dios ha de reinar en nuestros corazones y extenderse a través de nuestras acciones, debemos participar en un “combate espiritual” no sea que sucumbamos y nos convirtamos en esclavos del reino del pecado. Cristo debe reinar como “Príncipe de Paz” en nuestros corazones y vidas.

Cuando vivimos litúrgicamente, es decir, ejerciendo nuestra participación en la misión de Cristo como sacerdote, profeta y rey, el cántico de alegría de María, su Magnificat, se vuelve nuestro y con ella exclamamos: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador”. (Lucas 1:46-55)

Que seas portador de su gozo y ayudes a otros a conocer a Cristo como su gozo. †



# Consejos para afrontar la pandemia en este **NUEVO AÑO**

**E**n el año anterior todos de una u otra forma fuimos tocados por el virus de Covid-19; unos porque lo padecieron en sus cuerpos o en la persona de algún familiar o amigo cercano que se haya contagiado. A otros nos afectó el virus en nuestros trabajos, en el desarrollo de nuestra vida familiar, social y espiritual. Todos estos cambios han creado en nuestro entorno cotidiano una nueva realidad llena de restricciones y protocolos de seguridad que por la salud propia y de los demás debemos seguir.

Quando se tiene a Cristo en el corazón y nos entregamos a Él, podemos tener la confianza de decir que no todo lo vivido el año anterior fue malo. Solo los que tienen Fe verdadera pueden reconocer que en las dificultades y en los tiempos difíciles Dios también actúa. Por esto y para mantener nuestra fe viva en Jesucristo durante este nuevo año debemos seguir estos consejos:

## 1. ESTAR BIEN INFORMADOS

Uno de los muchos errores en los que podemos caer es saturarnos de información a través de los medios de comunicación o redes sociales; creer en todo lo que vemos y escuchamos. Esta información no siempre es buena o confiable y lo único que traerá a nuestras vidas será miedo, confusión y alejamiento del amor de Dios. Por eso la invitación es a usar estas redes sociales para cultivar la vida espiritual a través de la oración, reflexiones diarias y viendo la celebración de la Misa virtual que en muchos sitios podemos encontrarnos. También podemos usar esta tecnología para ampliar nuestros conocimientos sobre temas de fe y aprender más sobre la doctrina de nuestra Iglesia católica.

## 2. HABLAR CON LOS QUE ESTÁN ALEJADOS

En este tiempo en que se nos pide mantener en distanciamiento y evitar las reuniones sociales, se han abierto para nosotros las puertas de la comunicación. Así que para combatir la soledad y el estrés; deberíamos invertir más tiempo en hablar con estas personas (familiares y amigos) con los que hace tiempo no nos hablamos o compartimos. Simplemente con una llamada para dar un saludo y expresar que a pesar de los duros momentos que pasamos estamos con ellos, nos ayudará a practicar la caridad y el amor fraterno.

## 3. MANTENER UN ESTILO DE VIDA SALUDABLE

El cuidado de la salud física, mental y espiritual es una responsabilidad que todos los bautizados tenemos; no debemos olvidar que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19-20) y lo debemos mantener bien cuidado y protegido de los excesos que este mundo y lo que sus demonios nos ofrecen a cada instante. Los pecados de la pandemia y el confinamiento se ven reflejados en actitudes como la pereza, que nos aleja de nuestra vida de oración y de Jesús; en la gula y la glotonería que nos impide practicar el sacrificio que a Dios agrada; y también en ira y la soberbia que mostramos a nuestros semejantes como un reflejo de nuestras frustraciones frente a la nueva realidad. Por esto es importante el ejercicio físico para evitar problemas de salud, la oración para fortalecer la fe y el espíritu, y la práctica de la paciencia y la humildad para mantener una sana convivencia.

## 4. ACEPTAR LA NUEVA REALIDAD

Es normal que a veces nos sintamos frustrados y con sentimientos encontrados al no poder hacer las cosas que hacíamos antes, al no poder visitarnos, vernos y acercarnos como estábamos acostumbrados a hacerlo, al no poder ir a los lugares que queremos o celebrar lo que deseamos; pero esta es nuestra nueva cotidianidad y la tenemos que aceptar como es. Debemos darnos cuenta que esta realidad nos ha llevado a un tiempo de auto cuidado y cuidado de nuestros semejantes, debemos entender que estamos en un tiempo de volver a las raíces de nuestra Iglesia donde el primer lugar para vivir la fe era la familia como una iglesia doméstica; la caridad y el amor se practicaban primero en casa; y dónde la enseñanza de la fe, las buenas costumbres y tradiciones religiosas se transmitían en el hogar.

Por esto en este nuevo año no debemos olvidar agradecer a Dios por todo lo bueno y lo malo que pudimos haber vivido; porque sin importar las circunstancias que tengamos que vivir, siempre tendremos un motivo para sonreír y ser felices. Solo debemos mantener viva en nosotros esa fe que mueve montañas (Mc 11, 22-23), reconocer que todo lo podemos en aquél que nos fortalece (Fil 4, 13) y vivir lo que decía Santa Teresa de Avila "Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza quien a Dios tiene nada le falta: **sólo Dios basta.**" †

**PADRE MIGUEL VELEZ**  
Vicario de la Parroquia San Patricio, Morristown, TN